

EDICIONES
LA URPILA

Y

LA URPILA

publicación poética
cuatrimestral

órgano oficial de la
CASA DEL POETA
LATINOAMERICANO
(Sede: Uruguay)



Casilla de Correo 5088 - Suc. 1

MONTEVIDEO

R.O. DEL URUGUAY

Tel. 94 50 14 (las 24 hs.)

Con RUBINSTEIN MOREIRA nos enfrentamos a una narrativa vigorosa, tensa, hasta ácida, en la cual se compromete despiadadamente al lector. No hace concesiones pero tampoco traspasa los límites de la credibilidad y el equilibrio; sin embargo, personajes y ambiente configuran una casi perfecta unidad en cuyo núcleo central se rastrea una cierta derrota y aun marginalidad. Una atmósfera asfixiante pero humana, densa pero testimonial, rodean el mundo de sus relatos, y a sus creaturas les envuelve una vitalidad emotiva y un trasfondo colindante con la clandestinidad, lo que los sume en un realismo existencial que los universaliza.

Es, la suya, una técnica sin trampas y el clima de sus cuentos siempre sugieren más que lo que dicen, pues persisten vasos comunicantes imperceptibles entre el narrador y el lector. Y esto singulariza la propuesta de Rubinstein Moreira dentro de la actual narrativa del Uruguay.

Roque Fernández-Fetcher
Barcelona (1992)

Correspondencia con el autor:

Rambía Rca. Argentina 1225 - Piso 10
Montevideo - R.O. del Uruguay Tel. 98 53 47

Recientemente publicamos a los escritores:

HÉCTOR J. BELECCO HAYDÉE B. MARTÍNEZ
RALPH J. FERRARA AMANDA PATARCA M.
MAESE GREGORIO A. E. RODRÍGUEZ MOLINA
ISABEL ROTETA

Director de la colección :

CARLOS PENZA
Corrientes 2963 - 2º cpo. - 1º "G"
1193 - Buenos Aires - Argentina
Tel y Fax: 88 - 2552 (las 24 hs.)

Distribución mundial (por correo)

15

coleccionable

todo es **Cuento**[®]
y

rubinstein
Moreira

Julio de 1993

r. M.

POR EL AGUJERO DE LA CERRADURA

juro que lo estaba mirando por el agujero de la cerradura lo estaba mirando...

MOMENTO I

2 de noviembre. Todavía es muy temprano. Habrá de levantarse temprano. Arrancar las flores. Son los padres de Sebastián. Las flores. Sebastián. Sus padres muertos. Y yo el tío. Sebastián. Dolor. Su Madre. Mi dolor.

Iba sin embargo a seguir durmiendo, pero antes de darse vuelta en su cama el hombre clavó sus dos ojos como centellas en el cuerpo blando, inocente, tierno, semidesnudo, que profundamente dormía en el colchón de al lado.

La mañana con sus primeras luces que penetraban por las ranuras de la puerta, sus primeros vientos, sus primeros ruidos y también sus primeras gotas, avanzaba casi con unción. Un perro ladró y los gorriones armaron temprano su concierto de picos abiertos. Adentro el hombre se retorció nervioso y hasta logró hacer algún gesto extraño con la boca antes de empezar a toser con todas sus fuerzas.

Tosió varias veces se levantó, fue a la puerta y entreabrió ligeramente el postigo. Se detuvo algunos instantes frente a la fotografía de los padres de Sebastián que estaba justo en la cabecera de su cama. Se pasó la toalla por la frente algo húmeda y la colgó luego en el mismo clavo que sostenía el espeso marco de la fotografía. Intentó armar un cigarro pero lo dejó ensanguinado. Y desde allí volvió a acostarse después de haberse quitado la camisilla. Auscultaba con aflicción toda la pieza como si buscara algo con extremada urgencia.

Un nuevo acceso de tos, esta vez más forzado, logró despertar al muchacho. Abrió un ojo, luego el otro y se encontró de pronto con los de su tío que lo traspasaban bárbaramente. Llegó a asustarse. No podía comprender absolutamente nada. Aquél lo miró fijo durante varios segundos y después de toser de nuevo le habló con una desusada ternura, lo que intimidó más aún a Sebastián.

- Sabés Sebastián, me duele aquí.
- ¿Dónde?
- Mirá, pues. Aquí debajo del ombligo.
- Dice el libro ese que me regalaste que el dolor no se ve.
- No hagas caso, si mirás con atención podés verlo. Me duele mucho Sebastián. Mirá si tengo algo.
- No.
- Tenés que mirar.
- No tenés nada.
- No.
- Soy tu tío. Tocá mi dolor, Sebastián.

Sebastián no había terminado de afeitarse. No pudo. Y caminó. Caminó. Llegó hasta la comisaría. Por sí mismo se presentó. Nadie lo presionaba. Nadie. Es cierto, fue él. El mismo. Solo. Completamente solo. No necesitó ayuda ni cómplices. También entregó el arma. El acero conservaba todavía un poco del lustre rojovioláceo y brillante de la sangre.

— Así sabe, así se lo hundí en la barriga. Así... y cerraba sus puños desesperadamente al tiempo que cortaba el aire con violencia, como si de veras lo estuviera apuñalando.

El enfermero, recién llegado, le habló con cariño y lo miró con cierta compasión.

El muchacho no ofreció ninguna resistencia y se dejó esposar brindando sus manos como a un juego divertido.

— Sabe don, le encajó hasta el mango sabe. Así... y quiso hacer el mismo ademán pero no pudo. Se miró lentamente los pulsos. Primero el izquierdo, luego el otro. Forcejeó fuerte. Y más fuerte. Gritó como una bestia.

El enfermero trató de calmarlo. Volvió a hablarle con cariño. Puso sus manos en las del muchacho con un gesto solidario, noble, paternal si se quiere. Pero Sebastián le cerró un escupitajo furioso, inesperado, sanguinolento, que quedó prendido en su mentón desmirriado.

MOMENTO II

juro que otra vez lo estaba mirando por el agujero de la cerradura lo estaba mirando...

Cerró la puerta. Comenzó a caminar.

La bruma de la madrugada apenas dejaba ver una zigzagueante figura que descendía por la angosta calle empedrada. Dos veces estuvo a punto de tumbarse pero vaya a saberse por qué ley, ella seguía, moviendo constantemente sus largos brazos. Al llegar a Cerrito dobló y a los veinte metros —no más— estaba la puerta del sótano entreabierta.

Entró. Ya estaba semidesnuda y con su negra cabellera desparramada por la ancha espalda. Sin desvestirse totalmente se tiró en la cama. Frotoando un zapato contra el otro logró quitárselos. Inmóvil, quedó. Pero apenas por unos instantes.

— Mira Sebastián, Mira Sebastián, Mira... Mira... Mira... Ah, te molesta. Pero te gusta mi plata ¿no? Eso, me gusta ser una pu... ta. Hoy hice con un...

Los ojos de la joven mujer se iban enrojeciendo cada vez más y las ojeras pronunciándose como una lenta y segura sombra. Se colocó boca abajo, hizo un mohín y comenzó a reírse desaforadamente. Enseguida habló, otra vez:

— El de hoy quería hacerse el romántico también. Quería "besitos" y... y... y... todo. Yo no entiendo. Ahora a todo el mundo le da por el amor y las palabras lindas y... y... y... no sé.

Luego, cambiando de semblante, agregó:

— Ahora recuerdo, este me besó en la boca. Qué rara se siente una...

Al tiempo que lo decía pasaba su carnosa y tibia mano por los labios y entrecerraba sus ojos inmensos y tristes.

— Sebastián, ¿te gusta ser cornudo?

El hombre no levantaba los ojos de su periódico. Era él mismo una ausencia. Pero la mujer tenía que continuar hablando. Y gritando.

— Contéstame Sebastián, ¿te gusta ser cornudo?

Él sólo asintió con la cabeza.

A ella no le convenció esta actitud. Tenía que moverlo. Tenía que hacerlo decir veinte cosas. O más. Prendió con dificultad un cigarrillo y sobre su periódico fue a dar el fósforo encendido. Él tampoco dijo nada. Sólo miró.

— Sebastián, ¿por qué no hablas? Sos siempre una cotorra eléctrica y ahora te veo así... como si hubieras perdido la lengua por algún agujero. Y yo juro que no fue en los míos... —dijo la mujer mientras cruzaba sus dedos índices y hacía un giro hacia la izquierda—. Enseguida vomitó:

— Y después de todo ahora no podemos arrepentirnos; ya está hecho. El arrepentimiento es como la ley, no tiene efecto retroactivo...

— Callate mujer, pudo decir con todas sus fuerzas. Ahora sí pudo gritarle y más, tal vez, hubiera podido. Pero ella comenzó a reírse nuevamente....

Ella sólo se pasó un paño húmedo. Él, medio minuto alcanzó a estar en la palangana.

Riéndose después se miraron. Y lo hicieron como si estuvieran descubriéndose.

Afuera, una neblina leve había comenzado.

La mujer caminaba. Recorría lentamente todos los rincones de la pieza. Se acercó a la cama, se hincó y lentamente con cuidado la almohada en la fazada rota y maloliente.

Muy despacito se levantó. Una canción de cuna le brotó extrañamente de los labios todavía contusos y extenuados.

Arrorró mi niña / arrorró mi sol / arrorró pedazo / de mi corazón.

La mujer lo repetía apretando tiernamente la almohada contra sus senos caídos y grasosos.

De pronto un grito fino como una aguja hizo mover la madrugada. El hombre ni la miró. Seguía masticándose los labios con el mentón apoyado en el hueco que forman las rótulas al unir las.

— Sebastián, la mataste. Quiero un hijo. Un hijo. Uno. Y cayó. Cayó con ese quejido sórdido y extendió sus brazos hacia adelante. Luego hacia atrás. Adelante. Atrás. Adelante. Atrás. Adelante. Atrás. Hasta que se escuchó la sirena de la ambulancia...

A él dos policías lo custodiaban. Marchó lento y sin levantar la cabeza.

Uno, desde adentro, gritó:

— Encontré el cráneo y un fémur carnoso, todavía.